



CAPÍTULO IV.

Gil Blas consigue el favor del duque de Lerma, que le confía un secreto de importancia.



UNQUE S. E. me veía todos los días por un instante, sin embargo pude grangearle insensiblemente la voluntad en tales términos, que un día, después de comer, me dijo:— Escucha, Gil Blas; sabe que me agrada tu ingenio, y que te estimo. Eres un mozo celoso, fiel, muy inteligente y callado; y así me parece que no erraré si te hago dueño de mi confianza. A estas palabras me arrojé á sus piés; y después de haberle besado respetuosamente la mano, que me alargó para levantarme, le respondí:— ¡Es posible que se dignen V. E. honrarme con un favor tan grande! ¡Cuántos enemigos secretos me van á suscitar vuestras bondades! Pero solo temo el rencor de una persona, que es Don Rodrigo Calderon.—Nada tienes que temer de él, respondió el duque: yo le conozco; desde su niñez me ha querido, y puedo decir que sus sentimientos son tan conformes con los míos, que quiere todo lo que me gusta, así como aborrece todo cuanto me desagrada. En lugar de temer que te tenga aversión, debes al contrario contar con su amistad. Por aquí conocí lo astuto que era el Señor Don Rodrigo, que había conquistado el ánimo de S. E., y que yo debía procurar estar muy bien con él.

—Para principiar, prosiguió el duque, á ponerte en posesión de mi confianza, voy á descubrirte un designio que medito, porque conviene te enteres de él á fin de que procures desempeñar los encargos que pienso darte en adelante. Hace mucho tiempo que veo mi autoridad generalmente respetada, que mis órdenes se obedecen ciegamente, y que dispongo á mi arbitrio de los cargos, empleos, gobiernos, vireinatos, beneficios, y aun me atrevo á decir, que reino en España. Mi fortuna no puede llegar á mas; pero quisiera preservarla de las borrascas que empiezan á

amenazarla; y á este efecto desearia me sucediese en el ministerio el conde de Lémos, mi sobrino.

Habiendo advertido el ministro que este último punto me había sorprendido en extremo, me dijo:—Veo bien, Santillana, conozco bien lo que te admira. Te parece muy extraño que prefiera mi sobrino á mi propio hijo el duque de Uceda; pero has de saber que este es de cortísimos alcances para ocupar mi puesto, y que además soy su enemigo. No puedo llevar el que haya hallado el secreto de agrandar al rey, y que éste quiera hacerle su privado. El favor de un soberano se parece á la posesión de una muger á quien se adora; es ésta una felicidad tan envidiable que nadie quiere que un rival tenga parte en ella por mas que le unan á él los lazos de la sangre y de la amistad.

En esto te manifiesto, continuó, lo íntimo de mi corazón. Ya he intentado desconceptuar en el ánimo del rey al duque de Uceda, y no habiendo podido conseguirlo, he levantado otra batería; quiero que el conde de Lémos por su parte se grangee la estimación del príncipe de España. Siendo gentil-hombre de cámara con destino á su cuarto, tiene ocasión de hablarle á cada paso, y además de que tiene talento, yo sé un medio de hacerle lograr esta empresa. Con esta estratagema, contraponiendo mi hijo á mi sobrino, suscitaré entre estos primos una competencia que les obligará á ambos á buscar mi apoyo, y esta necesidad que tendrán de mí, hará me estén uno y otro sumisos: ve aquí cuál es mi proyecto, añadió, y tu mediación no me será inútil en él. Te enviaré á hablar secretamente al conde de Lémos, y me contarás de su parte lo que tenga que participarme.

Después de esta confianza, que yo miraba como dinero contante, cesó mi inquietud. En fin, decía yo, héme aquí colocado en una situación que me promete montes de oro; porque es imposible que el confidente de un hombre que gobierna la monarquía española no se halle bien presto colmado de riquezas. Poseído de tan dulce esperanza veía con indiferencia apurarse mi pobre bolsillo.





CAPÍTULO V.

En el que se verá á Gil Blas lleno de gozo, de honra, y de miseria.



BIEN presto se echó de ver el favor que yo merecía al ministro y él mismo lo daba á entender públicamente, entregándome la bolsa de los papeles que acostumbraba á llevar S. E. mismo cuando iba á despachar. Esta novedad, que dió motivo para que me tuviesen en el concepto de un valido, escitó la envidia de muchos, y me atrajo bastantes cumplimientos de corte. Los dos oficiales, mis inmediatos, no fueron los últimos á felicitar me sobre mi prócsima elevacion, y me convidaron á cenar en casa de su viuda, no tanto por correspondencia, quanto con la mira de tenerme obligado á su favor para en adelante. Me veia obsequiado por todas partes, y hasta el orgulloso Calderon mudó de modales conmigo. Ya me llamaba *señor de Santillana*, cuando hasta entonces me habia tratado siempre de *vos*, sin haber empleado jamas el tratamiento de *vd.*; se me mostraba muy propicio, especialmente cuando pensaba que nuestro favorecedor podia notarlo; pero aseguro que no trataba con ningun tonto. Yo correspondia á sus atenciones con tanta mas urbanidad quanto mas le aborrecia. No se hubiera portado mejor un cortesano consumado.

Tambien acompañaba al duque mi señor cuando iba á palacio, que por lo regular era tres veces al dia. Por la mañana entraba en el cuarto de S. M. cuando ya estaba despierto; se ponía de rodillas junto á la cabecera de su cama; hablábale de lo que habia S. M. de hacer en el dia, y le dictaba las cosas que habia de decir, con lo que se retiraba. Despues de comer volvia, no para hablarle de negocios, sino de cosas alegres: le divertia contándole todos los lances gratiosos que ocurrían en Madrid, los cuales era siempre el primero que los sabia, porque tenia personas pagadas á este efecto; y en fin, iba por la noche la tercera vez á ver al rey, le daba cuenta como le parecia de lo que habia hecho en el dia, y le pedia por ceremonia sus órdenes para el dia siguiente. Mientras estaba con S. M., yo me quedaba en la antecámara, en donde habia personas dis-

tinguidas dedicadas á solicitar la proteccion de la corte, que anhelaban mi conversacion, y se vanagloriaban de que yo me dignara concedérsela. En vista de esto, ¿cómo podria yo no creerme hombre de importancia? Muchos hay en la corte que con menos fundamento se tienen por tales.

Un dia tuve mayor motivo para envanecerme. El rey, á quien el duque habia hablado con grande elogio de mi estilo, tuvo la curiosidad de ver una muestra de él. S. E. me hizo tomar el registro de Cataluña, llevóme á presencia del monarca, y me mandó leyese el primer extracto que habia formado. Si la presencia del soberano me turbó al pronto, la del ministro me animó inmediatamente, y lei mi obra que S. M. oyó con agrado; y tuvo la bondad de asegurar que estaba satisfecho de mí, y aun la de encargár á su ministro cuidase de mis ascensos: todo lo cual en nada disminuyó el orgullo de que yo ya estaba poseido, y la conversacion que tuve pocos dias despues con el conde de Lémos, acabó de llenarme la cabeza de ideas ambiciosas.

Fuí un dia á buscar á este señor de parte de su tío al cuarto del príncipe, y le presenté una carta credencial, en la que el duque le aseguraba podia hablarme con confianza, como que estaba enterado del asunto que tenían entre manos, y escogido para mensajero de ambos. El conde así que leyó la esquila, me condujo á un cuarto donde nos encerramos solos, y allí aquel caballero jóven me habló en estos términos:—Supuesto que vd. ha logrado la confianza del duque de Lerma, no dudo que la merecerá, ni tengo dificultad en hacer á vd. depositario de la mia. Sabrá vd., pues, que las cosas van á pedir de boca: el príncipe de España me distingue entre todos los señores de su servidumbre, que estudian el modo de agradarle. Esta mañana he tenido una conferencia con S. A., en la que me ha parecido estar disgustado de verse, por la mezquindad del rey, sin facultades para seguir los impulsos de su generoso corazon, y aun de hacer un gasto correspondiente á un príncipe. Yo le he manifestado quanto lo sentia; y aprovechándome de la ocasion he ofrecido llevarle mañana cuando se levante mil doblones, esperando mayores sumas, las que he asegurado le suministraré sin tardanza: mi oferta le ha complacido mucho, y estoy cierto de captar su benevolencia si le cumplo la palabra. Id, añadió, noticiad á mi tío estos pormenores, y volved esta tarde á decirme su sentir acerca de ello.

Luego que concluyó, me despedí de él, y pasé á dar parte al duque de Lerma, quien, oido mi recado, envió á pedir á Calderon mil doblones, de que me hice cargo aquella tarde, y fuí á llevárselos al conde, diciendo entre mí:—Bueno, bueno; ahora veo claramente qual es el medio infalible de que se vale el ministro para salir con su intento: pardiez que tiene razon; y segun todas las señales, estas prodigalidades no le arruina-

rán: fácilmente adivino de qué cofre saca estos hermosos doblones; pero bien considerado, ¿no es razon que el padre sea quien mantenga al hijo? Al separarme del conde de Lémos me dijo en voz baja:—Á Dios, nuestro amado confidente: el príncipe de España es un poco inclinado á las damas, y será necesario que tú y yo tratemos de este punto en la primera ocasion, porque preveo que muy presto necesitare de tu ministerio. Me retiré reflexionando en estas palabras, que á la verdad no eran ambiguas, y que me llenaban de satisfaccion. Cómo diablos es esto, decia yo, ¿si estaré prócsimo á ser el mercurio del heredero de la monarquía? Yo no ecsaminaba si esto era bueno ó malo, porque la calidad del galan ofuscaba mi conciencia. ¡Qué gloria para mí ser agente de los placeres de un gran príncipe! ¡Oh! poco á poco, Señor Gil Blas, se me dirá, no se trataba en cuanto á vos mas que de haceros un agente subalterno: convengo en ello; pero en sustancia estos dos empleos son de tanto honor uno como otro: solamente se diferencian en el provecho.

Cumpliendo bien con estas nobles comisiones, adelantando mas de dia en dia en la gracia del primer ministro, y con tan lisongeras esperanzas, ¡qué feliz no habria yo sido si la ambicion me hubiera preservado de la hambre! Ya hacia mas de dos meses que habia dejado mi aposento magnífico, y ocupaba un cuarto pequeño en una de las posadas de caballeros mas económicas. Aunque esto me causaba sentimiento, lo llevaba con paciencia, porque salia de madrugada y no volvia hasta la noche á la hora de acostarme. Todo el dia estaba en mi teatro, es decir, en casa del duque, en donde hacia el papel de señor; pero cuando me retiraba á mi cuartito desaparecia el señor, y solo quedaba el pobre Gil Blas sin dinero, y lo peor de todo sin tener de que hacerle. Ademas de que yo era demasiado orgulloso para descubrir á alguno mis necesidades; á nadie conocia que pudiese socorrerme sino á Navarro, á quien no me atrevia á recurrir, por haber hecho poco caso de él desde que me habia introducido en la corte. Me ví precisado á vender mis vestidos uno á uno sin quedarme mas que con aquellos que precisamente necesitaba, y ya no iba á la hosteria por no tener con que pagar mi manutencion. Mas ¿qué hacia yo para subsistir? Voy á decirlo: todas las mañanas nos traían á la oficina para desayunarnos un panecillo y un traguito de vino; esto era cuanto nos hacia dar el ministro. Yo no comia mas en todo el dia, y comunmente me acostaba sin cenar.

Tal era la suerte de un hombre que brillaba en la corte, y que debia causar mas lástima que envidia. Sin embargo, no pudiendo resistir á mi miseria, me determiné por último á descubrirsela con maña al duque de Lerma si encontraba ocasion. Por fortuna se presentó ésta en el Escorial, á donde el rey y el príncipe de España fueron algunos dias despues.



CAPÍTULO VI.

Qué modo tuvo Gil Blas de dar á conocer su pobreza al duque de Lerma, y cómo se portó con él este ministro.



UANDO el rey estaba en el Escorial, mantenía á toda la comitiva, de modo que allí no sentia yo el peso de la miseria. Dormia en una recámara cerca del cuarto del duque. Una mañana habiéndose levantado el ministro segun su costumbre, al romper el dia, me hizo tomar algunos papeles con recado de escribir, y me dijo le siguiese á los jardines de palacio. Nos sentamos debajo de unos árboles, en donde por orden suya me puse en la actitud de un hombre que escribe sobre la copa de su sombrero, y S. E. aparentaba leer un papel que tenia en la mano. Desde lejos parecia que estábamos ocupados en negocios muy graves, y á la verdad solo hablábamos de bagatelas, porque á S. E. no le disgustaban.

Ya hacia mas de una hora que le divertia con todas las agudezas que me sugería mi humor jocoso, cuando vinieron á plantarse dos urracas sobre los árboles que nos cubrian con su sombra. Comenzaron á charlar con tanta algazara, que nos llamaron la atencion.—Estas aves, dijo el duque, parece que riñen, y me alegraría saber el asunto de su pendencia.—Señor, le dije, la curiosidad de V. E. me trae á la memoria una fábula indiana que leí en Pilpai ó en otro autor fabulista. El ministro me preguntó qué fábula era esta, y se la conté en estos términos:

—En cierto tiempo reinaba en Persia un buen monarca, que, no teniendo suficiente capacidad para gobernar por sí mismo sus estados, dejaba este cuidado á su gran visir. Este ministro llamado Atalmuc tenia un gran talento. Sostenia sin fatiga el peso de aquella vasta monarquía, manteniéndola en una paz profunda, y poseía tambien el arte de hacer amable y respetable la autoridad real, en términos que los vasallos ha-

llaban un padre afectuoso en un visir fiel á su monarca. Atalmuc tenia entre sus secretarios un joven cachemiriano llamado Zangir, á quien estimaba mas que á los otros, y con cuya conversacion se complacia, llevándole consigo á la caza, y descubriéndole hasta sus mas íntimos secretos. Un dia que andaban cazando ambos por un bosque, viendo el visir dos cuervos que graznaban sobre un árbol, dijo á su secretario:—Me alegrara saber lo que estas aves se dicen en su lengua.—Señor, le respondió el cachemiriano, vuestros deseos se pueden satisfacer.—¿Y cómo? dijo Atalmuc.—Habeis de saber, señor, respondió Zangir, que un der-vich cabalista me enseñó el idioma de las aves. Si lo deseais, yo escucharé á estos cuervos, y os repetiré palabra por palabra lo que les haya oido.

Consintió en ello el visir, y acercándose el cachemiriano á los cuervos, y haciendo como que los escuchaba atentamente, volvió despues á su amo, y le dijo:—Señor, ¿podriais creerlo? nosotros somos el asunto de su conversacion.—Eso no es posible, exclamó el ministro persiano. ¿Pues qué dicen de nosotros?—Uno de ellos, replicó el secretario, ha dicho:—Ve aquí al mismo gran visir, á esa águila tutelar que cubre con sus alas la Persia como su nido, y que se desvela sin cesar por su conservacion. Para descansar de sus penosas tareas, viene á cazar á este bosque con su fiel Zangir. ¡Qué dichoso es este secretario en servir á un amo que le hace mil favores!—Poco á poco, interrumpió el otro cuervo, poco á poco: no ponderes tanto la felicidad de ese cachemiriano. Es cierto que Atalmuc conversa con él familiarmente, que le honra con su confianza; y tampoco pongo duda en que tendrá intencion de darle algun dia un empleo importante; pero entre tanto Zangir se morirá de hambre. Este pobre, infeliz está viviendo en un miserable cuarto de una posada, en donde carece de lo mas necesario; en una palabra, pasa una vida miserable, sin que ninguno de la corte lo eche de ver. El gran visir no cuida de saber si tiene ó no con que vivir, y contentándose con tenerle afecto, le deja entregado á la miseria.

Aquí cesé de hablar para ver cómo se esplicaba el duque de Lerma, quien me preguntó sonriéndose, qué impresion habia hecho este apólogo en el ánimo de Atalmuc, y si aquel gran visir se habia ofendido del atrevimiento de su secretario.—No, señor, le respondí algo turbado de su pregunta: la fábula dice al contrario, que le colmó de beneficios.—Fué fortuna, repitió el duque con seriedad, porque hay ministros que no llevarian á bien se les diesen semejantes lecciones. Pero, añadió cortando la conversacion y levantándose, creo que el rey no tardará mucho en despertar. Mi obligacion me llama á su lado. Dicho esto, se encaminó muy de prisa hácia palacio sin hablarme mas, y á lo que me pareció, muy disgustado de mi fábula indiana.

Seguíle hasta la puerta del cuarto de S. M., y despues fuí á poner los papeles que llevaba en el sitio de donde los habia tomado. Entré en un gabinete, en donde trabajaban nuestros dos secretarios copiantes, que tambien habian ido á la jornada.—¿Qué tiene vd., Señor de Santillana, dijeron al verme? Vd. está muy demudado. Á vd. le ha sucedido algun lance pesaroso.

Yo estaba demasiado impresionado del mal efecto de mi apólogo para ocultarles la causa de mi aficcion; y así les conté las cosas que habia dicho al duque, y se manifestaron sensibles á la gran pesadumbre de que les parecí poseido.—Tiene vd. razon para estar desazonado, me dijo uno de ellos: S. E. toma algunas veces las cosas al revés.—Esa es mucha verdad, dijo el otro; quiera Dios que sea vd. mejor tratado que lo fué un secretario del cardenal Espinosa, que, cansado de no haber recibido nada de quince meses que le tenia empleado su eminencia, se tomó un dia la libertad de manifestarle sus necesidades, y de pedir algun dinero para mantenerse.—Razon es, le dijo el ministro, que se os pague. Tomad, prosiguió, dándole una libranza de mil ducados, id á la tesorería real á recibir este dinero; pero acordaos al mismo tiempo que quedo agradecido á vuestros servicios. El secretario se hubiera ido consolado de ser despedido, si despues de recibidos los mil ducados le hubiesen dejado buscar acomodo en otra parte; pero al salir de casa del cardenal le prendió un alguacil, y le condujo á la torre de Segovia, en donde ha estado mucho tiempo.

Este hecho histórico aumentó mi temor, de modo que me contemplé perdido, y no hallando consuelo, empecé á reprenderme de mi poca paciencia, como si no la hubiese tenido sobrada. ¡Ay de mí! decia, ¿para qué me habré yo aventurado á relatar aquella desgraciada fábula, que ha desagradado al ministro! Acaso iria ya á sacarme de mi apuro, y quizá estaba yo en vísperas de hacer una de aquellas fortunas rápidas que asombran. ¡Qué de riquezas, qué de honores pierdo por mi desatino! Debia haber mirado que hay grandes que no gustan se les advierta nada, y que hasta las mas leves cosas que tienen obligacion de dar, quieren sean recibidas como gracias. Mejor me hubiera estado continuar con mi dieta, sin manifestar nada al duque, y aun dejarme morir de hambre para echarle á él toda la culpa.

Aunque hubiera conservado alguna esperanza, mi amo, á quien ví por la siesta, me la habria desvanecido enteramente. S. E. se mostró contra su costumbre muy sério conmigo, y no me habló palabra, lo que en el resto del dia me causó una inquietud mortal, sin que en la noche estuviese mas tranquilo. La desazon de ver desaparecer

mis agradables ilusiones, y el temor de aumentar el número de los presos de estado, solo me permitieron suspirar y lamentarme.

El día siguiente fué el día de crisis. El duque me hizo llamar aquella mañana: entré en su cuarto mas azorado que un reo que va á ser juzgado.—Santillana, me dijo alargándome un papel que tenia en la mano, toma esta libranza . . . Esta palabra libranza me estremeció, y dije entre mí:—¡Oh cielos! ¡aquí tenemos al cardenal Espinosa! el carruaje está prevenido para Segovia. El sobresalto que se apoderó de mí en aquel momento fué tal, que interrumpí al ministro, y arrojándome á sus piés, le dije, anegado en llanto:—Señor, suplico á V. E. muy humildemente perdone mi atrevimiento. La necesidad me obligó á dar á entender á V. E. mi miseria.

El duque no pudo dejar de reirse al ver mi turbacion.—Consuélate, Gil Blas, me respondió, y óyeme: Aunque el descubrirme tus necesidades sea echarme en cara el no haberlas precavido, no te lo tomo á mal, amigo mio; antes bien me atribuyo el mal á mí mismo por no haberte preguntado de qué te mantenias. Mas para comenzar á enmendar este descuido, te doy una libranza de mil y quinientos ducados, los cuales te entregarán á la vista en la tesorería real. No es esto solo: lo mismo te prometo todos los años; y ademas te doy facultad de que me hables en favor de personas ricas y generosas que busquen tu proteccion.

En el impulso de gozo que me causaron estas palabras besé los piés al ministro, quien, habiéndome mandado levantar, siguió hablando conmigo familiarmente. Por mi parte quise recobrar mi buen humor; pero no me fué posible pasar con tanta rapidez de la pena á la alegría. Quedé tan turbado como un delincuente que oye gritar perdon en el instante que creia recibir el golpe mortal. Mi amo atribuyó mi agitacion á solo el temor de haberle desagradado, aunque el temor de una prision perpetua no tuvo en ello menos parte; y me confesó que habia aparentado tibieza para ver si yo sentia mucho su mudanza; que mi sentimiento le habia hecho conocer la inclinacion que le tenia, por lo que él tambien me apreciaba mas.

